

EL ESCANDALO

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
SEMANARIO
Se publica
los jueves
30 céntimos

AÑO II

BARCELONA, 25 DE MARZO DE 1926

NÚMERO 23

LA INFANCIA DE LERROUX FECUNDIDAD

Al salir de la lactancia, ya se acusaban en Lerroux los rasgos que perfilan su carácter, que tantas "simpatías" le han conquistado.

El joven periodista V. Sánchez Ocaña, relata en "Heraldo de Madrid" la infancia de los "grandes hombres". Naturalmente, en este país donde—según frase del jefe del partido radical—"todos nos podemos llamar de tú", no es extraño que entre en tal categoría Alejandro Lerroux.

He aquí lo más saliente de la entrevista.

Comienza Lerroux contando que su padre era de la Remonta, y que en sus primeros años varió constantemente de residencia.

LOS ORIGENES DE UN GRAN ORADOR

—Su recuerdo más remoto, ¿cuál es?

—Verá usted.

En Córdoba, mi padre, cuando salía al campo a ver el ganado de la Remonta, algunas veces me llevaba en su caballo... Tendría yo entonces unos cuatro o cinco años...

Pero un día, que, por lo visto, estaba con grandes deseos de acompañarle, no me quiso llevar, a pesar de mis reclamaciones y lloriqueos.

Entonces una hermana mía, que por aquella época tenía apenas dos años, y yo, echamos a andar tranquilamente en la dirección en que él se había ido... Anduvimos... Anduvimos... Y a las once de la noche nos encontraron acurrucados a los dos en las gradas de la iglesia de San Pedro, dormidos.

Conservo aún algunas impresiones de la caminata aquella. Recuerdo que atravesamos unos campos... Que estuvimos a orillas del río... Recuerdo, sobre todo, que mi hermanilla estaba cansada y se caía, y yo la alzaba.

Las palabras con que expliqué esto, en mi lengua de entonces, me las ha recordado después mi madre muchas veces: "Ella se 'caíva' y yo la 'levantiba'".

LE GUSTABA JUGAR A SOLDADOS Y SER CAPITAN Y PASTOREAR A RATOS.

—¿A qué juego le tenía usted más afición de chico?

—A mí lo que más me gustaba era jugar a los soldados y ser yo "capitán".

También me gustaba llevar al campo a pastar una cabra que teníamos, que criaba a uno de mis hermanos. Entonces me acompañaba el asistente de mi padre.

Siempre, en efecto, a través de la vida de Lerroux, se han manifestado las aficiones militares de Lerroux. Y sobre todo su manía de ser capitán, de ejercer mando. Esta ha sido la característica más acusada del temperamento de Lerroux. Por eso, por creer que cuantos se situaban a su lado habían de obedecerle con la obediencia ciega a que obliga la disciplina militar, han tenido que desertar del partido radical cuantos hombres de inteligencia firme, de conciencia recta, y de independencia moral.

Lerroux ha jugado a los soldados toda su vida. Y por eso hizo un cuartel de la Casa del Pueblo.

Sigamos con la entrevista:

—¿Qué profesión le gustaba?

—La militar. Tenía tanto deseo de ser militar que, siendo muy niño, abandoné los estudios y me puse a prepararme para el ingreso en la Academia General, donde llegué a ingresar".

Y por si fuera poco, al preguntarle el periodista:

—¿Tenía usted muchos hermanos? ¿Se llevaba bien con ellos?

Contesta Lerroux:

—Hemos sido diez hermanos. Yo era el quinto".

Una vez más, Lerroux enseña su afición al uniforme.

En cuanto al pastoreo, también de mayorcito ha pastoreado de lo lindo.

En el Ayuntamiento de Barcelona y en los ministerios pueden dar razón.

EL HOMBRE A QUIEN MAS LE DEBE LERROUX

—¿Conserva usted buen recuerdo de sus maestros?

—Sí; de todos. Ellos fueron buenos. El malo fui yo. Recuerdo, sobre todo, a Moreno Espinosa, el ilustre catedrático

de Cádiz. El fué mi guía, mi orientador. A él es a quien más debo".

¡Y a Rovira Palau!

El que lo dude que lea "El Diluvio".

QUISIERA HABER SIDO ROBINSON PARA MANDAR

—¿Qué figura histórica o imaginaria era el arquetipo para usted?

—Robinson. La historia de Robinson es el primer libro de vaga y amena literatura que yo he leído y me entusiasmó...



Tener una tierra para mí sólo; hacer mi voluntad, sin contradicción... Cumplir mis deseos sin contar con nadie; sin ayuda de nadie... ¡Mandar; mandar yo...! Eso era lo que yo soñaba de pequeño".

UNA CUERDA SIMBOLICA

"Cuando vivíamos aquí, en Madrid, los sacaba a jugar conmigo por los desmontes de Vallehermoso y me daban mucho que hacer. Se caían, se peleaban con otros chicos, se escapaban. Había tardes que volvía a casa con uno descalabrado. Otros días volvía con uno de menos, porque se me había perdido... Eran endiablados.

Mi madre me hacía a mí responsable de todas las fechorías que perpetraban. Hasta que un día me harté y, ¿sabe usted lo que hice?

—¿.....?

—Los até a los cuatro con una cuerda.

—¿Demonio!

—Era una cuerda muy larga, que no les impedía moverse con libertad y hasta correr un poco... Al salir de casa los ataba, en fila, y los llevaba así de paseo".

Así, atado de una cuerda, como a sus hermanitos en la infancia, ha llevado toda su vida a los borregos que le siguen.

ALEJANDRO LERROUX SUCURSAL DE ARMANDO DUVAL.

—¿Se acuerda de su primer amor?

—Sí. Tenía yo nueve años y asistía a una escuela municipal que había aquí, en Madrid, en el barrio de Trasmiera... Por allí, por el bulevar... Desde los balcones del colegio veía en los balcones de una casa de enfrente a una muchacha de unos quince años, rubia, fina, muy guapa... Se llamaba Otilia. Me enamoré de ella, y en un acróstico, que por cierto corrigió mi madre, le declaré mi amor...

—Y ella, ¿le hizo caso?

—¡Psch...! Ella me trataba como a un chico...

Lerroux hace una pausa. Luego dice:

—Se murió joven, tuberculosa..."

Como se ve, es una lástima que esta entrevista no se haya publicado treinta años atrás.

En ella descubre Lerroux sus características.

Nos ha engañado todo este tiempo porque hipócritamente se mostró otro bien distinto de como era.

Pero más vaie tarde que nunca...

Un periódico se queja de la crisis de la natalidad que la estadística demográfica acusa en Cataluña.

Los nacimientos no corresponden a las defunciones, no las compensan satisfactoriamente. Los matrimonios escasean cada día más, y un tanto por ciento muy elevado de los que se concluyen o celebran no son proclivos.

En términos más netos y gráficos, diremos que, según el Jeremías a que aludimos, en la viña del Señor se siembra poco y se siembra mal, y la cosecha, por tanto, es desastrosa.

El desierto, el yermo, el barbecho, la tierra llega, y en esto como en otros órdenes de la vida, se extiende, y Cataluña, mejor dicho, España entera, Europa, el continente de la civilización y la democracia, está amenazado de despoblación.

El problema, en efecto, no es local ni regional, sino racial; no es de hoy ni de ayer, sino de antaño.

Emilio Zola lo estudió ya y evangelizó al respecto a Francia. Zola propagaba la doctrina de la prole numerosa, el bello ideal de los doce hijos; pero como una cosa es predicar y otra dar trigo, el ilustre novelista murió sin sucesión.

A muchos confesores y apóstoles de la fecundidad les pasa otro tanto. Es gente, por lo común, que necesita criados y doncellas y pretenden que se los proporcionemos los demás. Y si no lo hacemos así, hablan de decadencia, de caducidad, de ruinas y cataclismos que amagan al género humano.

No vemos nosotros las cosas tan catastróficamente. Nos vamos volviendo un tanto escépticos y socarrones, y no creemos ya en apóstoles y confesores que no sean mártires.

El que nos quiera convencer, pues, de la utilidad, de la necesidad de dar catorce soldados valientes a la patria, catorce retoños vigorosos a la humanidad, que empiece por tenerlos y por enseñarnos la manera, el arte de birliribloque de educarlos y darles de comer honradamente con un jornal de treinta reales.

Las razones morales y clínicas tienen aquí muy poco o nada que hacer. Son fatalismos económicos más vulgares los que rigen la Historia.

¿Enervamiento, tisis, tabes dorsal, fatiga y agotamiento fisiológico de las actuales generaciones? ¡Romances! ¡Naranjas de la China!

Carestía de los bastimentos, jornales y sueldos de hambre, jornadas de extenuación, decimos nosotros. Póngase a la vida en condiciones de multiplicarse y verán ustedes cómo se multiplica, cómo florece con generosa pompa hasta en los más desolados baldíos.

¿Se ha de traer niños al mundo a sufrir, a crucificarlos de inanición? ¿Se ha de aumentar el contingente ya abrumador de prole depauperada? ¿Se hacen los chicos como los buñuelos? ¿Se han de reproducir los pobres como los chinches, como los microbios?

Nuestras ideas, en esto, son bien precisas, son de un patriotismo lúcido, de un humanismo superior.

No nos interesa fabricar carne para la industria, para la muerte.

La moral, de acuerdo con la eugénica, son las que deben presidir aquí, las que deben legislar y ordenar el caos.

En materia tan delicada, en filosofía tan trascendental, el número es lo de menos.

No cuenta la cantidad, sino la calidad física y moralmente considerada. Una criatura sana vale más que diez taradas. Un hijo instruido, espiritualmente armado para la vida, es preferible a una docena de analfabetos.

Con los retrasados, con los anormales físicos, con los dementes mentales, la sociedad pierde número. Todo eso son cifras negativas, cifras nulas, ceros sin valor, que si no hay que borrar, es por lo menos necesario que no acrecentemos.

La familia es ciertamente un don divino, una bendición del cielo. Paternidad es fuerza, riqueza, fruición, dicha, fortuna. Pero es también deber, conciencia, responsabilidad.

Las clases ricas son menos prolíficas que las pobres, no porque sean más viciosas, sino porque son más solventes. La ciudad se reproduce menos que el campo, no porque esté más corrompida, sino porque es más prudente e inteligente que éste. Los seres más evolucionados de la escala zoológica son sexualmente, biológicamente, los más parcos, los de más laboriosidad. Algo quiere decir todo esto.

Atengámonos, pues, a este canon natural, a esta ley de la especie.

Se ha de crear, sí; pero se ha de crear con la cabeza y no con los pies.

La vida es santa, no cabe duda. Pero no a digerir y a funcionar como un mecanismo perfecto, sino a una vida bella, noble y digna es a lo que debemos aspirar.

ANGEL SAMBLANCAT.

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

MACHACANDO EN HIERRO FRIO

Las subsistencias

Lo hemos dicho varias veces y con distintos motivos: EL ESCANDALO no es un periódico de gremios sino que, nacido del público y para el público, fustiga aquello que considera merecedor de ser fustigado y señala con el hierro del oprobio a los ladrones, a los granujas y a los indignos, al mismo tiempo que se sonríe de las ridiculeces de aquellos que se creyeron intangibles, amparados en la prudencia de los demás.

Claro que, al ejercitar uno de los derechos que asisten a la Prensa de todos los países civilizados, el de la fiscalización, no queremos nosotros sustraernos al deber correspondiente, y es al de que se nos fiscalice a nosotros. Aquí no pretendemos tender el paño al púlpito y hablar constantemente en definidores y poseedores de la verdad absoluta. Nada de eso. Nosotros nos equivocamos como cada hijo de vecino, pero lo que nadie podrá discutirnos es la buena fe que inspira nuestros actos, que van enredados todos ellos a no estafar al público que nos ha formulado un mandato tácito y con el que perfeccionamos un pacto desde el momento en que nos demostró su confianza alentando nuestra obra, y desde el momento, también, en que se gasta treinta céntimos en un número de nuestro semanario.

Y basta de exordio.

Vamos a volver a hablar de las subsistencias.

Es este un asunto un poco vidrioso, ya lo sabemos. Organizado el despojo del público, con organización mucho más completa y eficaz que la del propio Estado, Provincia o Municipio, sabemos de antemano que hemos de luchar con grandes dificultades de todo género. La primera no dejará de ser seguramente la libertad de expresión. Una palabra justa, pero dura; un concepto sugeridor de todo un pozo de podre expuesto descarnadamente, habrán de luchar con la difícil barra de la censura, en la que es muy fácil zozobrar.

Pero nada de ello nos arredra. Seguiremos nuestro camino con paso seguro y cierto, y aspiramos, por lo menos, a que los que roban al pueblo no puedan dormir tranquilos.

Y en este aspecto seremos unos auxiliares de la autoridad. ¿No repiten éstas, en cuanto tienen ocasión, que su deseo es llegar al abaratamiento de las subsistencias? ¿No dicen también que desean la asistencia del público, que se forme ambiente, que el público debe formular sus denuncias cuando sea atropellado o expoliado? Pues en el aspecto de prestar asistencia a las autoridades, en lo que a las subsistencias se refiere, aquí estamos nosotros.

No se venga luego a decirnos que en otros países de Europa la vida es más cara, y se invoquen para ello estadísticas amañadas; no se nos venga luego con esas zarandajas, porque nosotros pensamos obtener nuestras consecuencias de hechos concretos y no de abstracciones de despacho.

Se invita al público a que hable, a que formule sus quejas, y nosotros, que somos mandatarios de un sector de ese público, no vacilamos en aprovecharnos de esa invitación. Una vez formuladas nuestras protestas, no se pretenda hacernos callar, porque se perderá el tiempo lastimosamente. De las autoridades, en este aspecto, estamos convencidos que nada habrá que temer, porque interesadas ellas—lo han dicho tantas veces!—en que las subsistencias abaraten, todavía tendrán que agradecer nuestro empeño. Y por lo que respecta a otros elementos rapaces, nos tienen sin cuidado. Traemos una recia escoba para barrer los pesebres y no nos va a asustar un rebuzno.

De modo que ¡manos a la obra!

¿Es lícito que en un puerto de mar como Barcelona, con una población de pescadores muy considerable, se hayan vendido los langostinos el jueves, día 18, a CUATRO DUROS LA LIBRA, y al día siguiente, San José, a CINCO DUROS? ¿Hay alguna razón, algún motivo que justifique este robo?

Seguramente no. Nada hay que demuestre que en un puerto de mar los langostinos deban alcanzar ese precio. ¿Por qué lo han alcanzado entonces? Pues por la avaricia incalificable de unos cuantos, por la desidia de algunos, por la ignorancia de otros, por la prudencia de los más.

Y ya es hora de que esa prudencia se acabe: ya es hora de que caigan de las manos muchos brillantes amasados con necesidades, con estrecheces económicas, con lágrimas de un público manso e incapaz de la protesta colectiva.

Eso se debe acabar. Si es preciso se fija una tasa y se coloca al lado de cada puesto una pareja de la guardia civil, pero con el fusil cargado.

Un hombre puede delinquir y no ser un criminal. Las ideas muchas veces empujan a los hombres a las cárceles, y luego, al salir, les damos las manos porque, podrán haber sido unos equivocados, pero no unos miserables.

Pero al ladrón a sangre fría, ¿qué sanción debemos imponerle? Al que se enriquece a costa de las lágrimas de hambre de los otros, ¿qué debemos hacerle? La fiscalización enérgica,

ca, y si es necesario violenta, de la guardia civil, nos parece poco. Se les debería colgar, para escarmiento, en la plaza que fué el escenario de sus rapiñas. Y si fuera posible, hacerles tragar uno a uno los brillantes que amasaron.

Un hombre comete un robo y su defensor, en el acto del juicio, y el tribunal de derecho pueden estimar que aquel hombre robó por miseria, robó porque tenía necesidad de sostener su vida y la de los suyos. Otro hombre mata en riña, cuando el espíritu se aletarga y el animal aparece. Otro, por vicio, enfermo de universalismo, de anhelos, que el mismo es incapaz de definir, roba, mata, o asesina. Todos ellos tienen en la defensa, un talón de Aquiles vulnerable, por donde puede filtrarse la piedad. Pero, ¿qué piedad cabe con un pescadero orondo y satisfecho de la vida, pesando más de 90 kilos, con 3 kilos de brillantes, que no vacila en vender por mil lo que le costó diez, y cubiletea con la salud y la energía física de sus semejantes, apuñalándoles el bolsillo en abierta sangría? Y además de esto pretende llamarse comerciante. Por menos le llamaban a José María "el Tempranillo" el bandido de la Sierra.

Se debe acabar este estado de cosas. Y para ello busquemos a los culpables. ¿Quiénes son? Primero el público crédulo y manso, que debe salir de su aletargamiento, y denunciar a esos fascinosos que les esquilmán; segundo, los diarios, que deben dejar de ser diarios amparadores de todos los gremios habidos y por haber, para convertirse en amparadores y defensores del público que les dió el ser y les ayuda a meter en sus arcas pingües beneficios. De una vez para siempre debe acabarse esa política de contemplación de prudencia. Tal como hoy están los diarios, tienen mejor acogida en sus columnas las diversas argucias de los expoliadores que las lamentaciones de los expoliados. Y eso no debe ser. Porque esos periódicos laboran para mañana en una labor negativa. Mañana—no sabemos cuándo será ese mañana—cuando la indignación popular haya de estallar—que estallará de seguir así—serán las primeras víctimas propiciatorias de la indignación del pueblo. Y algunos diarios tienen la avilantez de llamarse defensores del humilde. ¡Ja, ja, ja!

Otro asunto: La carne congelada.

Esto de la carne congelada parece ser un tinglado creado para el beneficio de unos cuantos.

Días pasados los periodistas expusieron al gobernador sus quejas de que en muchos mercados—en casi todos—la indicada carne se vendía sin advertir que era congelada y a los mismos precios que la del país. El gobernador se apresuró—ignoraba ese estado de cosas—a dar orden de que se fijaran carteles, indicando en los puestos, que lo que se vendía era carne congelada, y, al mismo tiempo, reiteró sus órdenes de que esa carne se vendiera más barata.

¿Se han cumplido estas órdenes? En absoluto, no. Todavía hay quien hace granjería de una carne que—para qué nos vamos a engañar!—EL PUBLICO NO QUIERE PARA SU CONSUMO. Podrán emplearla en los guisos de colegios, cuarteles, cárceles y restaurantes modestos, pero en los domicilios de los centenares de miles de ciudadanos barceloneses no tiene esta carne acogida. ¿Por qué obstinarse entonces en que se venda al público, regateándole la carne fresca del país, que es la que él quiere?

Se nos argüirá que si la carne congelada ha sido traída a España, es porque la producción nacional de carne no basta a las necesidades del país. Conformes. Pero creemos recordar que se han hecho proposiciones, en determinados sectores, por una importante casa uruguaya de reconocida solvencia, para traer RESES VIVAS a España para surtir su consumo.

Además no nos quejamos de la carne congelada, sino del régimen de reparto y venta. Es inadmisibles que los mercados estén desprovistos de carne fresca y el público tenga A LA FUERZA que comprar la congelada. En Madrid hay también carne congelada, pero se vende en mesas aparte. Hay también, simultáneamente con esas mesas expendedoras, otras de carne fresca; de modo que la competencia en la expendición está basada en la competencia de precios de ambas carnes y no en un monopolio abusivo favorable a la congelada. ¿Está esto claro? El razonamiento es diáfano: hay dos clases de carne, la del país y la congelada, que se venden en mesas distintas. La congelada es más barata que la otra. Pues bien, el que quiera que la compre con arreglo a su bolsillo. Lo que no es justo es que vayamos a un mercado—en Barcelona—y tengamos forzosamente que adquirir la carne congelada, porque no hay otra. Esto constituye un monopolio tan monopolio como el de la Tabacalera o el de las cerillas.

Por hoy vamos a hacer punto, pero proseguiremos. Creemos el de las subsistencias un problema fundamental, al que todos debemos aportar nuestro criterio y nuestra buena fe. Y como los diarios—de los cuales es la obligación de defender los intereses del público que les paga—se hacen los sordos a problema de tan candente interés, nosotros—EL ESCANDALO—semanario modesto, pero nunca claudicante, levanta su voz en defensa de esos intereses tan desoidos por los que tienen la obligación de defenderlos.

JULIO RECIO.

LA MORAL DEL BESO

El juez indulgente y la jamona policía

(Escena neoyorquina)

El magistrado Macrery de Nueva York, ha glorificado el beso juvenil desde las alturas de su tribunal.

Dos jóvenes—Ella y El—fueron conducidos ante el señor magistrado, acusados de haber cometido el horrendo crimen de haber unido sus labios en la sala de un cine, durante un momento de obscuridad profunda.

La música dulce, la obscuridad, el argumento melodramático y el beso de veinte pies (de película) que el guapo héroe aplicó en los labios de la bonita heroína pelicular, todos fueron motivos de exaltación para los dos jóvenes amantes.

Y después de haber enlazado sus manos, las cabezas se inclinaron, unos rizos bribones cosquillearon la mejilla del manco, y toda la atracción eterna de Adán hacia Eva y viceversa, se tradujeron en un ósculo, ardiente y glorioso como la misma Juventud.

Una señora de ciertísima edad, de más edad que la suma de las de los dos "culpables", hizo brillar un escudo de la Ciudad de Nueva York y arrestó a los dos criminales.

El muchacho era bien de su persona; la muchacha era muy bonita.

La "policewoman" era muy fea.

Y sigue siéndolo.

■

El señor magistrado oyó los términos de la acusación, las circunstancias agravantes de haber sido cometido el crimen en público y en la obscuridad, y examinó a los dos culpables.

Lo que más le interesó saber fué si la muchacha había recibido el beso con agrado.

—¿Permitió usted a su novio que la besase? preguntó el juez.

—"I did", respondió la joven enrojeciendo ligeramente.

La mirada enamorada de la joven a su cómplice en el horrible crimen osculatorio, hizo sospechar al juez que la respuesta no era tan franca como hubiese debido serlo, y siguió preguntando:

—¿Sería posible que hasta usted misma hubiese solicitado la caricia? ¿La solicitó usted?

Y la joven, enrojeciendo definitivamente, bajó la cabeza, miró de reojo a su guapo novio, y murmuró en voz muy baja:

—"I did".

■

El respingo que dió la celosa defensora de la moral neoyorquina y jamona municipal, demostró una indignación sofocante, vecina del patatús final.

Pero el señor magistrado no veía los gestos de pudor ultrajado de la exjoven empleada del departamento de policía de la ciudad de Nueva York.

Sólo veía dos caras jóvenes que cruzaban miradas de esperanza en una absolución futura, y una decisión enérgica de volver a cometer el horrendo crimen.

Llegó a ver a su propia persona de treinta años atrás, encarnada en la persona del acusado, y en la cara de la linda muchacha creyó ver la expresión amorosa de cierta joven que le había enloquecido la noche aquella en que le concedió, en el umbral de la puerta de la casa paterna, el primer beso de novios.

■

Y pensó en el banquete de familia que se celebró con motivo del anuncio oficial del enlace; y vió pasar ante sus ojos visionarios el cortejo de la boda; y oyó la marcha nupcial, y volvió a ver el beso ante el digno ministro, y las felicitaciones de los invitados, y el viaje de boda, y el regreso, y la nueva casita.

Y pensó en su buena esposa, y en los hermosos hijos que esperaban la llegada de "dady" para romper, juntos con él, el pan nuestro de ese día.

Y pensando en el joven abogado que demostraba tanto interés en su hija mayor, dijo a los "criminales":

—No hay delito. Un beso de dos jóvenes que se aman, es una promesa deliciosa que ha inspirado estrofas sublimes a los más célebres poetas. Y sería para mí un placer sin igual el presenciar la comisión de tal "crimen". Id en paz y amaos toda la vida.

La "policewoman" cree todavía que el señor magistrado se ha vuelto loco.

Es jamona, soltera y no tiene novio.

CRITICA Y COMENTARIOS

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

El día 19—San José—celebró sus días Sánchez Guerra. Ello trae a mi recuerdo, como de la mano, una anécdota del último presidente del Consejo de ministros, conservador.

Cuando don José Sánchez Guerra era ministro de la Gobernación, su antecala, en el palacio de la Puerta del Sol de Madrid, se veía concurridísima a todas horas. Peticionarios, reclamantes, amigos, conocidos; toda una pléyade de moscones iba al antedespacho del ministro a distraer a éste de sus trabajos y ocupaciones.

Para quitarse de encima a tantos importunos, don José inventó el truco de recibir a los visitantes en corro. En efecto, el ministro salía a su antedespacho y los solicitantes—tan diversos, tan variados, tan pintorescos—formaban corro y el ministro iba enterándose someramente de las aspiraciones de cada uno dando la vuelta por aquel semicírculo de ambiciosos. Y lo más gracioso es que las contestaba en voz alta. Con esto lograba dos éxitos: que el que tenía que pedir una cosa vergonzosa e inconfesable desistiera de su petición, y que los que pedían tonterías esperasen ocasión más propicia para exponer sus deseos, ocasión que nunca se presentaba.

Sin embargo, como a aquella audiencia asistía gente de todas las raleas y las ambiciones soltaban chispas como el pedernal al frotarse con el eslabón, había individuos que formulaban sus peticiones sin importarle un ardite el concepto en que pudieran tenerles otros peticionarios del corro.

Recuerdo que en cierta ocasión—yo no iba a pedir nada sino que aguardaba a ser recibido por el ministro para hacerle una intervención para un diario extranjero—formaba parte del corro un sujeto con facha de jaque y con un brillante en el dedo meñique de la mano izquierda que era un farol. Le llegó su turno de petición y formuló ésta en voz baja. Sánchez Guerra le escuchó, y cuando hubo terminado, exclamó en voz alta y airada:

—¿Pero usted quiere que al concederle ese monopolio de juegos prohibidos vaya yo a la cárcel y usted conducido por la guardia civil al penal de Santoña?

El sujeto no se inmutó. Escupió en el suelo un salivazo grosero y salió del antedespacho seguido de la rechifla de los otros peticionarios que tal vez iban a pedir cosas más presidiarias.

Así era el publicito que se reunía en el antedespacho del Excmo. señor don José Sánchez Guerra, ministro de la Gobernación por aquel entonces.

Cuando enfermó de alguna gravedad Fenech, enviado especial de "La Vanguardia" a la campaña de Marruecos de 1921, la empresa del necrólogo diario barcelonés mandó a Melilla, para sustituir al enfermo, a Xavier Bóveda, poeta gallego que consiguió el nombramiento después de mil insistencias y recomendaciones. Llegó a Melilla Bóveda hecho un doctro. En su vida había visto moros y en cuanto columbraba por una callejuela a un Mohamed desaharrado, le parecía materia telegrafiable.

Un compañero barcelonés, que todavía vive, lozano y brioso, y que mantiene una gran intimidad—más bien identificación—con el que redacta estas líneas, se creyó obligado a hacerle, mitad en broma, mitad en serio, unas cuantas advertencias amistosas al vate celta.

—Usted—le dijo nuestro amigo—, debe tener presente que representa a un gran diario, y por tanto no debe escatimar gastos. ¿Qué son para "La Vanguardia" unos miles de pesetas? Nada. De modo que usted debe ir al mejor hotel, emplear los mejores automóviles, usar las cuartillas de mejor calidad y presentarse hecho un elegante corresponsal de guerra al que André de Fouquieres—árbitro de las elegancias parisinas—no pudiera ponerle pero alguno.

Bóveda tomó tan al pie de la letra estas advertencias, que en ocho días pidió a "La Vanguardia" cerca de diez mil pesetas.

Pasaron quince días más. Un día Bóveda recibió un telegrama de su periódico diciéndole que dejara la corresponsalía, porque a "La Vanguardia" le salía más barato enviar como corresponsal a Marruecos a don Miguel de Unamuno.

Fenech, que era hombre amable, inteligente y cariñoso, que había llevado durante su gestión de corresponsal del diario barcelonés tan repetido, una vida modestísima, se rió mucho al enterarse de este incidente.

La escena hace años en una cabina telefónica. Un corresponsal madrileño de un periódico del Norte, sudaba tinta desde el locutorio para ponerse en comunicación con su diario. Era un día de acontecimientos políticos, y nuestro hombre quería "pasar" sus noticias antes que ningún colega de corresponsalías.

—¡Bilbao! ¡Bilbao!—gritaba el periodista con paciencia admirable y con insistencia más admirable todavía.

Pero el silencio más absoluto respondía a sus constantes llamadas.

Más nervioso el periodista, repetía:

—¡Bilbao! ¡Bilbao!

Y nada.

A la centésima llamada ¡Bilbao! ¡Bilbao!—una voz airada—sin duda un cruce—respondió enérgica:

—¡Zumárraga!

Y el periodista, que se creyó que aquello era una alusión, en vasque, a la autora de sus días, respondió indignado:

—¡¡¡Lazúrrega!!!

Sabido es que don Antonio Barroso era hombre que pesaba ciento cincuenta kilos.

Aquel hombre pesado, físicamente, era un cordobés muy gracioso, que proporcionaba a los periodistas y al país días de señalado regocijo.

Siendo ministro de la Gobernación utilizó un día el ascensor del ministerio, con tan mala fortuna, que el ascensor se quedó suspendido entre dos pisos del edificio.

¡Había que oír las lamentaciones de don Antonio! Tan pintorescas y graciosas fueron, que para gozar de sus agudezas y chistes, se reunió en el descansillo de uno de los pisos, un enjambre de periodistas y, finalmente, llegó el conde de Romanones, que era a la sazón presidente del Consejo.

Fué necesario avisar a los bomberos para extraer del ascensor a aquella formidable mole que era el ministro de la Gobernación, y tal maña se dieron los apaga-fuegos, que sacaron, sano y salvo, a don Antonio, que no cesaba de resoplar, sudoroso, libre ya de aquella estrecha cárcel.

Sin embargo, el sudor y las fatigas pasadas en la opresora caja del ascensor, no lograron quebrantar el ingenio agudo de Barroso. Apenas puso el pie en el suelo, exclamó jovial:

—"He aprendido mucho en este viaje. Cuando algún peticionario, de esos permasos que hay, venga a solisitarme un ascenso, le diré que ¡mucho ojito!, porque los ascensos son muy peligrosos."

LUIS MASCAS.

Más allá del bien y del mal

Máximas e intermedios

Por Federico Nietzsche.

Alegarse ante un elogio no es, frecuentemente, más que una cortesía del corazón. Lo contrario, es una vanidad del espíritu.

"He aquí lo que he hecho", dice mi memoria. "He aquí lo que no he podido hacer", dice inflexible mi orgullo. Y, sin embargo, acaba cediendo la memoria.

El hombre de genio es insoportable cuando no posee, además, otras dos cualidades: la gratitud y el aseo.

La madurez del hombre consiste en llegar a lo que tenía de serio en sus juegos cuando era niño.

Había un desilusionado: "Esperaba ecos y no hallo más que elogios."

Ante nosotros mismos fingimos ser más simples de lo que somos. De este modo nos apartamos de nuestros semejantes.

Una vez adoptada una resolución, hay que cerrar los oídos a los mejores argumentos contrarios. Este es el indicio de un carácter. Y en ocasiones es necesario que triunfe la voluntad hasta la torpeza.

No existen fenómenos morales, sino interpretaciones morales de los fenómenos.

Cuando en el partido no figuran ni el amor ni el odio, la mujer juega mediocramente.

Comparando al hombre y a la mujer, puede decirse que ésta no poseería el genio del adorno si no supiera, por instinto, que desempeña un segundo papel.

Todo lo que se hace por amor está más allá del bien y del mal.

DEL CARNET DE UN REPORTER

EL ECO...

Las sinceras luchas por las nobles causas de las libertades, puede decirse que tocaron a su fin. Hemos de confesar, no sin amargura, que fué un período histórico que pasó. En la actualidad las juventudes, influidas por extravagantes modernismos, hay que reconocer que han desertado de la romántica trinchera de nuestros antepasados, a los que ni pueden comprender. Un afán excesivo de complicar la vida ha establecido dos separaciones: la de dos tipos de hombres, vibrantes y firmes entonces, decadentes y enfermizos ahora; las dos civilizaciones, luchadora y enérgica la pasada, preñada de sensibles y dolorosos escepticismos la contemporánea.

De aquellos históricos días, tan sublimes y bellos, no queda nada. Pasaron y, con toda probabilidad, no volverán. La mentemos que, cuando menos, sus provechosas ensesfanzas no se hayan sabido recoger.

La mañana que había amenazado de gris, mejoraba. El sol dejaba asomar sus auríferos rayos. Iba el tiempo adquiriendo tonalidades de primavera. El cielo recobraba su hermoso azul y desaparecía la densa neblina de la madrugada.

A un lado de la populosa Plaza de la Universidad, el que forma esquina con la calle de Aribau, se iban agrupando varios entusiastas de la causa republicana. Como cada año marcharían al cementerio de Sarriá a depositar varias coronas ante los nichos de valerosos correligionarios allí sepultados, como el del "Xic de les barraquetes" y otros correligionarios.

Los consecuentes venían de todos los lados de la plaza. Era la evocación vaga de todo lo pasado lo que les reunía. Con taciturno aire se contemplaban unos a otros, como si mutuamente se interrogasen y entre sí se preguntaran cuando vendrían mejores tiempos. Eran, a no dudar, los desencantos los que les hacían musitar ciertas palabras de desconsuelo. Y es que a la dispersa familia republicana, tan sólo le queda ya el tradicional recuerdo de reunirse determinadas fechas, que litúrgicamente las consagran a los muertos, sin acordarse de los vivos, que es bastante más esencial.

Tocaron, momentáneamente, las diez en el reloj de la Universidad. El comité organizador de la manifestación cívica dió la orden de marcha. Serían unos doscientos los manifestantes. Como una luminosa nota destacaban entre los congregados las banderas de diferentes entidades, que estaban allí representadas.

Al dar la orden de marcha se alzó entre los manifestantes ese rumor confuso que se produce al ponerse en movimiento un grupo compacto de gente; los abanderados agitan las viejas enseñas; unos cuantos "prohombres", todos de segunda categoría, se colocaron delante para aparecer en las fotografías que los periodistas gráficos se disponían a impresionar; en un modesto simón tomaron asiento tres viejecitos de aquella ventajosa época, que apenas podían andar y se dejaron oír los acordes de la "Marsellesa", que desgañitaba una lamentable orquesta.

La manifestación se puso en marcha, apresuradamente, como si temiese llegar tarde, dado el largo trayecto a recorrer. De trecho en trecho los manifestantes se detenían breves momentos a descansar. Al recobrar energía, varios manifestantes atacaban de nuevo las vibrantes notas del himno internacional de Rouget de l'Isle. Y todos secundaban. Avanzaban llenos de entusiasmo, como si quisiesen recordar tiempos mejores y pretendieren olvidar la engañosidad del optimismo.

Hubo un instante de silencio producido por el lógico cansancio de los manifestantes.

Y en tal ocasión, un exaltado a quien, por lo visto, le disgustaba que pudieran flaquear las energías de las camaradas, con voz estentórea, gritó dos veces:

—¡Viva la República!... ¡Viva la Repúblicaaaaaa!...

Entonces sucedió algo verdaderamente extraordinario, y que es el hilo de esta historia.

Cuando los manifestantes, con frenesí, unánimemente, contestaban a gritos, de lejos, de una forma hasta cierto punto sobrenatural, se dejó escuchar:

—... I... ca... I caaaaaa...

Muchos, creyendo adivinar, fantásticos enemigos, se apresuraron a la defensiva. Otros se sonrieron con malicia. Estos últimos habían adivinado la verdad.

Era el eco, el que así contestaba, burlándose con crueldad de aquel puñado de hombres que aún alimentaban ilusiones en estos aciagos días tan horriblemente metalizados.

FRANCISCO ALDAZ.

ESTE NUMERO HA SIDO

PASADO POR LA PREVIA

CENSURA GUBERNATIVA

Angel Samblancat

El autor de JESÚS ATADO A LA COLUMNA publicará en breve la obra inédita

Con el corazón extasiado

con una cubierta de RINCÓN.

3 pesetas

EDITORIAL B. BAUZA

El desbordamiento de la ciudad

Las ciudades, como los ríos, también suelen desbordarse.

Las ciudades—conjunto de calles, plazas y edificios—, cuando llegan al grado máximo del anquilosamiento, se desentumecen, y declinan y seifican, en un gesto de independencia, de insubordinación, y hacen una higa al arquitecto, el hombre regla y compás que las sometió a la esclavitud del plano, y se van al campo o se plantan en la montaña.

Ese aluagamiento de las ciudades, donde los edificios, apelonados, acaban por rebelarse, desintegrándose de la muchedumbre, ha dado origen al suburbio, al arrabal, extremidad y tentáculo de la población matriz.

En las afueras de la ciudad, el aire es más puro y muéstrase más magnífico el sol.

Por otra parte, las casas huidas de la urbe—ovejas descarriadas del apretado rebaño de edificios de la ciudad—no quedan sometidas al yugo de la portera, ese terrible canchero de la vivienda tatuada con el impuesto del inquilinato.

El suburbio, por su condición plebea, a pesar de sus aborígenes, es liberal, es democrática y hasta un poco revolucionario.

Así y todo, hay edificios que se arrancan del arrabal —edificios aventureros, ensorbecidos o locos unos, salvajes otros, que se deslantan de las restantes edificaciones, por considerarse con personalidad propia, y van a rodearse de árboles, a vivir independientes, aislados, como los hombres que, asquados de la colectividad, se condenan voluntariamente al ostracismo.

Eos edificios solitarios, insusinos, rebeldes, que parecen vigías, centinelas de la ciudad, son los que de la ciudad abominan, y a los que envidian, por su firmeza de carácter, su audacia y su altivez, los edificios domados, sin voluntad, incapaces de una gallardía, que permanecen en formación, ensamblados a otras construcciones, a lo largo de las calles, o acordonando plazas.

Las casas de las ciudades tienen el alma burguesa. No así, las que llevan en sus cimientos un poco de la inquietud de los grandes descubridores de mundos.

Nosotros, los de espíritu andariego, veneramos a estos edificios fugados de la ciudad. En cada casa de campo, "chaleto", "torre", "quinta" o barraca, parece como que venimos a un liberal de antaño, erguido, bien aristado, y pronto a repetir, ante la idiosincrasia de los edificios de las modernas ciudades, la frase de Cambrone en Waterloo.

La dictadura del arquitecto

El desperdigamiento de las insociables construcciones urbanas, que voluntariamente se ruralizaron, ha dado origen, por falta de área, a nuevos apañamientos.

El arquitecto, ejerciendo una dictadura humillante y nefanda, ha logrado someter a los tráfugas, subordinar a los desertores.

Y ha trazado rectas, y ha formado ángulos sobre terrenos inscritos en el Registro de la propiedad.

—Cada edificio aislado—ha dicho—es una calle que se abre.

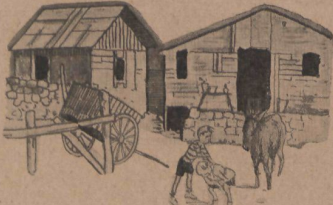
Y junto a la casa solitaria, el albañil y el carpintero han construido una vivienda, y otra, y otra, y se ha colocado, en la que forma esquina—aquel edificio rebelde, precisamente—, como afrentoso "inri", una lápida sobre la que campea, con letras azules: "Calle de tal".

En vano ha intentado protestar, librarse de vanidades molestas, la casa huida de la ciudad, descimentarse de la calle nueva, escapar a la dictadura del arquitecto.

No hubo posibilidad de convencer al tirano de la urbanización. El edificio independizado linda ya por N. y E. con la vía pública—una vía pública sin adquinado, sin aceras—; por S. con doña Fulana de Tal, y por O. con don Mengano de Cual.

Aquellas casas agrupadas, aglomeradas en torno a la casa insusina, son hoy Valcarlos, Guinardó, Pedralbes, La Torrasa; esto es, ventiscas del gran pulpo de la ciudad.

¡Abominable dictadura de la del arquitecto!



Promiscuidad

Los escombros constructivos

Un día, la "piqueta demolidora"—histri de las ciudades—, alabó techumbres, derribó tabiques, arrancó puertas, rompió ladrillos, pulverizó muros.

A cada golpe de pico, las viejas casas de ruidos alados, las casas milenarias, sombrías y herrumbrosas, de melodramáticos callejones, se estremecían, parecían como que exhalaban gemidos.

Pero los peones, sordos como el arquitecto dictador, siguieron amputando, asolando, reduciendo a escombros viviendas inhábiles y sordidas por la sordidez de caseros implacables y avarientos.

Y los edificios de faz hurafía, los edificios que por no haber podido huir de la ciudad olían, hedían a humanidad pobre y a miseria, quedaron convertidos en montones de tejas, de pedruscos, de maderas carcomidas.

La ciudad necesitaba dilatar sus pulmones, robustecerse, y, sobre todo, uniformarse y alinearse. ¡Paso a la escuadra, al cemento, al ladrillo grueso y a la vigueta cuadrada! ¡Qué se metan en las alcantarillas las ratas que habilitaban edificios ya destruidos!

Pero las piltrafas, la rota osamenta de aquellos cuernos destruidos—las casas antiguísimas de la urbe no fueron al sumidero. Otro "arquitecto"—ese arquitecto andariego y desconocido que hay en todo individuo arrojado de la ciudad—consideró aprovechables tales residuos y concibió la idea de construirse una casa en el campo, la primera casa del lugar nonnato, de la aldea por hacer, del pueblo sin nombre, que acaso un día fuera ciudad.

Y sin planos, dando de lado a la geometría, acotó una parcela de terreno—del terreno que no le pertenecía, que ya tenía amor—, y con trozos de maderas, de cuero, de hojalata, de cartón, dió comienzo a su obra, fué construyendo su vivienda, aquella barraca que dijérase escapada de una prendería o evadida de los "Encantes"; pero que, erguida en el campo, ufana en su soledad, cumplía un fin.

Nada se pierde. Hasta lo inútil es utilizado. ¿No surge de la muerte la vida?

Los escombros de las viviendas asoladas, pulverizadas, sirvieron como elemento constructivo de la futura aldea-hueta.

La miseria agrupada

Y el pueblo sin nombre, al rodar de los años, fué creciendo. Nuevos "arquitectos" amojonaron el predio baldío y levantaron barracas, muchas barracas, cientos de barracas, que se iban agrupando, apiñando, como apañándose unas en otras, para resistir los embates de los elementos destructivos.

Toda la madera vieja de la remozada ciudad, emigró al campo. Todo lo inservible—toneles desfondados, clavos herrumbrosos, arpilleras, sogas podridas, sillas fragmentadas, ruidos cañizos, alambres—fué hábilmente utilizado por el hombre.

Y el pueblo quedó hecho, un pueblo sin iglesias, sin conventos, sin plazas de toros, sin "campos de fútbol", sin "cabarets"; pero con un consultorio médico; pero con cuatro escuelas... y miseria abundante.

A extramuros de la civilización

Este pueblo se asienta a mil metros de la civilización, se agazapa en la parte sur de la montaña de Montjuich, en la partida de "l'anineta", muy próximo a los terrenos embellecidos a fuerza de millones, dormita día y noche en el olvido de la urbe populosa y ruidosa.

Este pueblo, por mucho ignorado, compuesto de unas quinientas chozas, alberga a centenares de familias aglomeradas, amontonadas, hacinadas en los horribos cubiles, en las infectas cochiqueras sin luz ni ventilación.

Este pueblo de bárbara arquitectura es el refugio, no ya de los pobres, sino de los más pobres, de los más débiles, de los más vencidos, de los proscritos de la ciudad que les depauperaba, que les devoraba.

Recorriendo sus dos únicas calles, la del Centro y la de la Escuela, por donde saltarínean, se espugnan al sol, o revuelcan en el polvo sus carnes magras unas criaturas de color de tierra, percibese el olor acre y fétido de humanidad sucia, de rebaño, de pocilga, de cloaca. Penetrando en las chozas de reducido perímetro, sin espacio ni siquiera para permanecer en ellas, seis personas de pie, donde junto al fogón está el cochambroso camastro sobre el que se tiende, para el descanso, toda una familia; viendo aquellos tabiques de maderas mal ajustadas, llenas de clavos de los que cuelgan ropas no muy limpias, alpargatas y zapatos, sacos y bolsas pringosas, cacharros

Cómo viven los desdichados de la fortuna

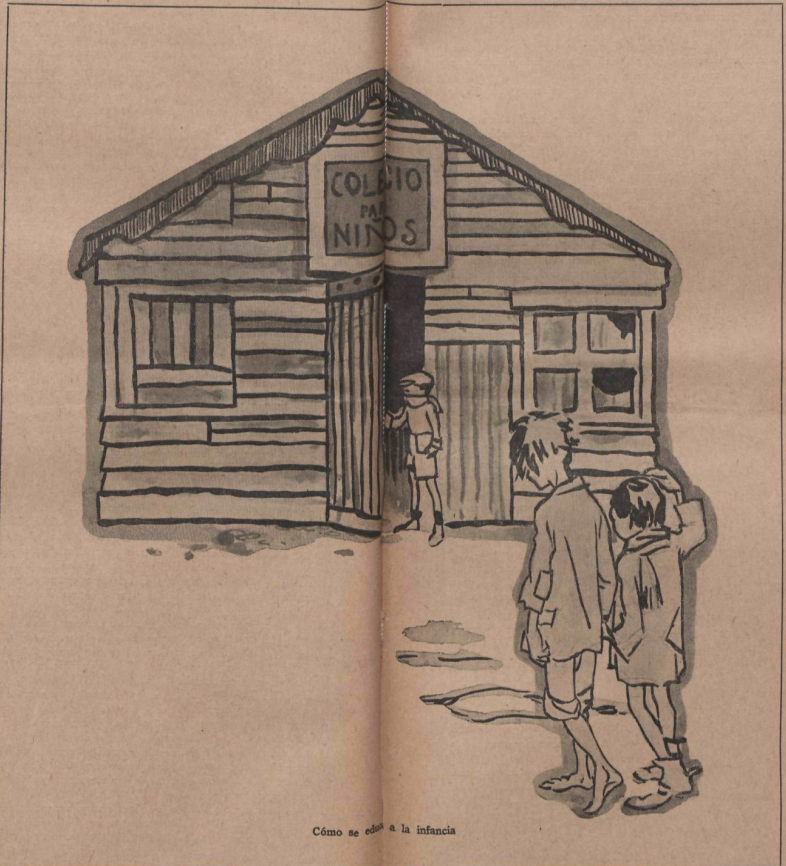
PEDRO NIMIO

y sartenes, se siente una tristeza desoladora, una tristeza amarga, infinita y aplastante.

Para aliviar el corazón de los que viven a espaldas de la desgracia, ningún espectáculo tan conmovedor como éste. El interior, inquietante y siniestro, de cualquiera de las barracas por nosotros vistas, ejerce tal influencia en el ánimo, "habla" tan quejumbrosamente al alma de quien

aquí, como allá, hay escasez de viviendas. Esta la tenemos realquilada, claro que sin documento alguno, y por eso ya se nos avisó el día doce que al otro mes habremos de pagar seis duros. ¿Usted ha visto cómo son los caseros de aquí?

—El casero, éste y aquel y el de más allá, es una bestia hedionda y sanguinaria—asevera el dibujante que nos



Cómo se educa a la infancia

acompaña.—Uno de los monstruos del Apocalipsis.

La mujer sonríe y añade: —Tendremos que pagar los seis duros que se nos piden.

—Pero en calderilla, para que sepa lo que cuestan, sino de ganar, de llevar de aquí a Barcelona.

—¿Si nos pudiésemos hacer una barraca!...

—Así no tendrían ustedes que pagar.

—¿Cómo que no? El alquiler del terreno.

—Sí, sí; olvidaba que todo, hasta la sombra de un ciprés, tiene hoy amo. Y el de estas tierras, ¿quién es?

—Una marquesa. Por lo menos así lo asegura el cobrador, un tal Garrido.

—¿Cobran mucho por el alquiler del solar?

—Quince pesetas.

LOS REPORTAJES SENSACIONALES

UN BARRIO DE BARRACAS

En la principal arteria

Las barracas de la calle del Centro son las mejor construidas. Todas de madera, también; pero algunas blancas por fuera.

En la puerta de una de estas chozas, aparece colgado un cartón así rotulado:

MORCILLAS

10 cts. una

Más adelante, próximo al "Bar taurino", en cuyo interior hay una cabeza de toro disecada, procedente de los "Encantes", cuelga una madera pintada, con la siguiente inscripción:

Se compran hierros viejos

pan duro y otro metales

Separada de la línea—una línea quebrada—de las barracas que forman la calle, muestra su blanchura una construcción a dos vertientes, en cuya fachada campea este letrero:

Consultorio del Dr. J. de Figarolas

Pero el Consultorio está cerrado, no sabemos si por hallarse ausente el "heroico" galeno, o porque no hay enfermos en el pueblo sin nombre.

No obstante, logramos averiguar que el doctor Figarolas suele ir al "barrio de l'anineta", que es donde están enclavados los "edificios" de madera, hoja de lata y cartón, arbitrariamente distribuidos por la falda de la montaña, y que cobra a sus conductados, *catorce reales mensuales* por la asistencia facultativa.

—Aquí la ciencia—dice el dibujante—se ha humanizado más que en Barcelona. Resulta barata y, además, no mata.

En efecto: nadie se muere en el pueblo de madera. ¿Será que la higiene resulta atentatoria a la salud pública?

Maestro constructor y filósofo

El "Colegio para niños" dirigido por don Isidro Galera Giménez, es una barraca de mayor área que las restantes.

Esta barraca, dividida por tabiques que separan el local escuela de la vivienda del maestro, fué construida por el propio señor Galera, el año 22, quien en gastó un solo céntimo en acarreo de materiales, pues él en persona los transportaba desde la ciudad a la montaña.

Todo el menaje escolar fué construido igualmente por el director del colegio, ex recaudador de contribuciones en Valencia y dedicado en Barcelona, durante largas temporadas, a bajos menesteres.

Don Isidro es el único faro que brilla en la "barriada de l'anineta", adonde no ha llegado otra luz artificial que la producida con carburo, aceite o petróleo.

El pueblo sin nombre, antes de establecerse allí el benéfico señor Galera Giménez, se hallaba envuelto en tinieblas. Llegó el maestro, con los primeros materiales de construcción a cuestas; levantó en pocos meses el templo del saber, y en breve espacio de tiempo todos los chiquillos desarrapados que mataban sus ociosos arrojados piedras a perros escualidos, lograron, mediante el pago de una peseta semanal, descifrar el alfabeto, tan complicado para ellos como un ladrillo babilónico.

Pero la humanidad, aun la de las barracas, no siempre es agradecida. Alumno tiene don Isidro que le aludea *cuarenta céntimos*. Pero el maestro, un poco filósofo, como buen pedagogo, no concede gran importancia al hecho. ¿Qué va a hacer, si son tan pobres todos!

Además, las mujeres de aquella barriada *resultan* todas tan prolíficas!...

Al despedirnos de don Isidro, después de habernos hecho penetrar en lo que él llama su "parque", donde cría gallinas, conejos y palomos, nos pregunta en voz baja:

—¿Ustedes conocen a las artistas Soldevila y Mari-Serra?

—¿Las que están en huelga forzosa?

—Pues son discípulas mías. Todos los domingos las enseño a leer.

—¿Aprenden algo?

—¡Aprendió María Palou, que también me tuvo por maestro, y... era más torpe!...

Atalayando

Anochece.

Desde lo alto de la montaña contemplamos, apenados, el pueblo de madera envuelto en sombras. No titila en toda la barriada, una sola luz.

Arriba, en la bóveda azul, hacen guiños los luceros, y brillan en la ciudad miriadas de puntos luminosos.

Durante unos instantes quedamos suspensos, indecisos... ¿volver a las barracas?... ¿reintegrarnos a la urbe?...

Barcelona, jaula de dementes, nid de egóismos, es, para nosotros, una sirena de la voluptuosidad. Las mujeres de las barracas, aunque muy prolíficas, son demasia do honradas...

¿Qué cantidad de bestia hay en todo hombre!

¿Serán más felices que nosotros, hombres de la ciudad, aquellos que viven miserablemente en horribas chozas?

Colofón

La ciudad que toleró desgajamientos y desmembraciones llevadas a efecto en nombre de ese progreso que consiste en correr sin ir ascendiendo—progreso horror de espiritualidad, muy a la americana, pero que tal vez sea el único progreso—; la ciudad que confiando en los cien ojos de este argo llamado arquitecto municipal, consintió la fuga del edificio que iba a poseer al campo, por lo que sabía que allí alcanzaría al discolo la rigida ley de la urbanización; la ciudad que sufrió muchas y necesarias amputaciones, que se sometió a periódicas podas, precisamente para extender más y mejor su lozano ramaje, no pudo sospechar nunca que fueran reactivadas sus piltrafas y utilizadas por el taumaturgo de la miseria para formar con ellas el cuerpo raquítico de una ciudad pobre, de una ciudad bárbara que alienta a dos kilómetros de la civilización.

Esta ciudad primitiva en pleno siglo xx, es el pueblo sin nombre, el pueblo desconocido, acaso la ciudad futura, si antes no la roe las entrañas el cáncer de una civilización a la inversa, la civilización destructiva, muy obediente a las leyes del progreso, pero inhumana.

¿Cómo si les importase gran cosa esa entelequia de la civilización a los que, arrojados de la urbe—como el mar arrojó a los naufragos—se aglomeran y hacinan en las barracas de "l'anineta"! Para ellos lo importante es vivir, quedar en invierno al abrigo del frío, aunque en verano les tuesta el sol y les devoren las moscas. Con la ciencia del Dr. Figarolas, y el saber de pedagogo y exlimpiabotas Galera Giménez, tienen "civilización" sobrada... mientras no asome por allí su faz siniestra el espectro de la epidemia.

¡Entonces si que la ciudad-madre reducirá a cenizas todas las barracas y podrá refocilarse a su sabor esa "bestia hedionda y sanguinaria" que se llama casero!

En tanto esto no ocurra, dejemos en pie las barracas. ¡Se procura tanto en ellas!...



Cómo se presta la asistencia médica

ECOS E INDISCRECIONES

COCKTAIL

A un individuo apellidado Mula le han multado por jugar al "burro".

¡Cosas del pesebre!

Paquito Madrid ha regresado de ídem con un magnífico sombrero hongo de factura londinense.

Por cierto que EL ESCANDALO, el jueves pasado, el mismo día que llegó Paquito, decía en las titulares de una de las planas:

"Ha llegado el tío Paco con la rebaja".

No sabíamos que ahora se le llamara "rebaja" al sombrero hongo.

Y ya que hablamos de sombreros hongos. El rey de ellos —Eugenio d'Ors, por mal apodo "Xenius"—dice en una crónica, publicada en un diario, que desearía ser un nuevo Nerón—suponemos que de vía estrecha—para quemar las "fallas" de Valencia el día de San José.

Este don Eugenio está dejado de la mano de Dios.

Y ahora se quiere disfrazar de romano caprichoso.

¡Te daba así!

Hasta la hora en que escribimos estas líneas no se sabe nada nuevo de la concesión de la contrata del ferrocarril de la calle de Balmes.

Esperemos sentados.

Pich y Pon está todos los días de visita en la Capitanía general.

Y es, que aunque don Juan representa empresas de alumbrado eléctrico, repite lo del clásico:

—¡Aquí hace falta tener quinqué!

La policía ha detenido a dos arriscados mineros—discipulos de Echevarrieta—que iban a hacer un robo con escaló.

En el escaló tardaban seis días.

No dudarán ustedes que es un escaló activo.

Que desde luego no hay que confundir con la escala activa.

Y ya que hablamos de los chiquillos que van al colegio. Don Emilio Junoy está escribiendo una serie de artículos en favor del descanso dominical de los estanqueros.

Y nuestro juvenil amigo cree que conseguirá su empeño. Tratándose de estanqueros suponemos que el asunto está que echa humo.

Aunque creemos que si echa humo no será por las labores de la Arrendataria.

Porque esas no arden ni a la de tres.

El alcalde ha suspendido su viaje a Madrid.

Sin duda no quiere que le llamen el ordinario de Madrid a nuestra ciudad.

¡¡Por Dios! ¡Un hombre tan elegante!

Por cierto que en esto de la elegancia y de la corrección corre por ahí una graciosa noticia.

Se dice que uno de nuestros más preeminentes hombres de la situación actual, se da lavativas de agua colonia.

No aseguramos la certeza de la noticia, porque no hemos estado presentes.

Parece que ha habido irregularidades en Mataderos.

Este Ayuntamiento da gusto.

La menor irregularidad se descubre en seguida...

La empresa de las plazas de toros barcelonesas siguen dando becerradas.

Y el público aguantándolas con mansedumbre de buey.

La novillada del domingo en Las Arenas fué digna de Mataporquera.

Pero no hay que ser pesimistas.

Seguramente las veremos peores.

¿Qué semanario republicano ha pagado más irrisorias cantidades que adeudaba a alguno de sus colaboradores, en vista de que éstos anunciaron que iban a tratar del asunto en EL ESCANDALO?

No queremos decir el nombre, porque se enfadaría algún ex concejal radical...

No sabemos si sabrán ustedes que siguen las obras de la Plaza de Cataluña.

Por si acaso lo han olvidado, lo recordamos.

En la Granja Royal—establecimiento para familias—han ideado un procedimiento cristalino-luminoso para que las damas que bailan gocen de ciertas transparencias.

Claro está que los que la gozan son los mirones.

¿Que no es "familiar" el truco?

Pero es recreativo.

Lo sentimos mucho, pero nos tenemos que meter con uno de casa.

Hace unos días, Angel Marsá recibió una canta de una incógnita admiradora, citándole en un café de las Ramblas. Acudió a la cita la dama, y acudió Angelito con varios amigos.

Pero no se atrevió a abordar a la gentil damisela.

No haga usted caso, señorita. Marsá es muy joven y un poco tímido.

Ahora, que no crea que todos somos así.

Los demás somos decididos y animosos, como en el Tercio.

¿Qué pasa?

El señor Rodríguez Codolá ha dado una conferencia acerca de "Tut-Ank-Amon".

Nadie mejor que el disertante.

Que es otra momia.

Y si no que se lo pregunten a Puig y Ferrer.

CURSILERIAS

El minuto de silencio

Se puso en moda durante la guerra.

Lo aprovecharon luego los republicanos españoles en la conmemoración del 11 de febrero.

Y ya todo el mundo se dedica a tener la "luminosa idea".

No puede ir uno a un mitin, a una manifestación, a un banquete, a una conferencia, a cualquier ceremonia, sin que surja el "ingenioso" que proponga el consabido minuto de silencio.

¡Por favor, un poco de inventiva!

¡Por piedad, un poco de originalidad!

¡Por lo que más queráis, un poco de imaginación!

¡Por toda la corte celestial, un poco de sentido común!

Y el caso es que el que propone lo del minuto de silencio cree que ha puesto el mingo, que ha inventado la pólvora.

Y no va más allá de los infelices a quienes se les ocurría antes en los banquetes pedir que "el ramo de flores que adorna la mesa se envíe a la esposa del homenajeado"...

¡Cursis, cursis, cursis!

¡Inventar algo nuevo!

MORDISQUEOS

El Director.—No, paliativos, no. Deje usted los eufemismos para los que no saben ni pueden decir las cosas con claridad. Nosotros, a añajar, a morder en carne viva si es preciso, a fin de que los arañazos y las mordeduras hagan daño.

El Redactor.—Es que "Cartas a Lisette" son de un amigo. título ya predispone en contra del autor.

El Director.—Razón de más para decirle la verdad. El

El Redactor.—¿Por qué?

El Director.—Porque huele a vainilla, a "budoir", a flor de te.

El Redactor.—Y no hay nada de eso.

El Director.—Peor que peor, porque aunque a nosotros no nos interesa, todavía hay cursilonas en la Granja Royal que se derriten por la literatura dramática que cultiva Martínez Sierra.

El Redactor.—Si me permite que puntualice...

El Director.—Brevemente, porque no tengo tiempo que perder.

El Redactor.—Domingo de Fuenmayor no ha compuesto una obra transcendental. Ni siquiera ha plagiado a Benavente. Su epistolario de los treinta años...

El Director.—Edad de las tremendos desengaños. Ya lo dijo Espronceda.

El Redactor.—Su epistolario de los treinta años viene a ser el examen de conciencia de un hombre que sabe ahogar los lirismos románticos de la primera juventud en un escepticismo burgués de buen tono.

El Director.—Y, ¿cómo queda Lisette?

El Redactor.—Al margen del libro.

El Director.—Error. Las mujeres quieren estar siempre en todo y ser en todas las primeras.

El Redactor.—Mas, la confesión sincera de un hombre que acepta los hechos consumados, que no se rebela, que no grita, que no se desespera...

El Director.—Está fuera de nuestro ambiente. Dígame usted a Fuenmayor que nos presente a Lisette, y luego hablémosle.

El Redactor.—Con todo...

El Director.—Ni una palabra más. Busque usted otro tema de comentario, para esta sección, y los lectores a quienes intriguen los amores platónicos del héroe de las "Cartas" esas, que componen el libro, que para eso se habrá puesto a la venta.

El Redactor.—Como usted disponga, señor.

¿Sería justo, por ejemplo, que nos ensañáramos con Pío Daví, porque, después de varios años de matrimonio, fué a elegir, precisamente, "El nuvi" para la función de su beneficio?

No. Pío Daví es joven, y además es un actor que sabe bien dónde le aprieta la horma de su zapato, y el papel de "nuvi", con hábito o sin hábito, le sirvió a maravilla para demostrar que no le faltan arcos para pisarle un callo al más pintado.

¿Sería piadoso que censurásemos al Gobierno de Méjico, porque ha dejado robar de la tumba donde yacía la cabeza del general Pancho Villa, que fué un señor de mucho cuidado y del que, después de muerto, parece que quieren hacer astillas los sabios, con objeto de descubrir la razón a su ferocidad y de su mala sangre?

No. Porque si todos los Gobiernos de todos los países fueran a poner guardias de vista en las tumbas de los que tuvieron mala cabeza, no se podría dar un paso por los cementerios.

¿Sería de buen gusto criticar a los alemanes, porque creen que el pelo corto de las damas destruye la vida sentimental del imperio y dificulta su desarrollo muscular?

No. Con su Gretchen se lo coman, y si su fuerza depende de las melenas, como le ocurría a Sansón, harán muy bien los tudescos en preferir a los muchachas greñudas.

¿Sería humano ridiculizar a los multimillonarios Stillman, porque, después de una larga separación conyugal, están haciendo ahora un segundo viaje de novios, en busca de un psicólogo que les diga qué es lo que tienen que hacer para no tirarse de nuevo los platos a la cabeza?

No. Porque, en el país de las excentricidades, una excentricidad más, ¿qué importa al mundo?

Señores Empresarios:

Si quieren conservar y aun enaltecer más su prestigio ante los públicos, no pierdan de vista los movimientos del

Repertorio M. DE MIGUEL

LA ARISTOCRACIA DEL FILM
que en este nuevo ciclo memorable ha
estrenado ya

Quo Vadis..?

por el coloso EMIL JANNINGS

CARMEN

por el inimitable CHARLOT

Max Linder en América

por el malogrado MAX LINDER

Repertorio M. DE MIGUEL

LA ARISTOCRACIA DEL FILM

Entre otras magnas producciones, prepara para su estreno en España, el poema cinematográfico de SEM BENELLI, titulado:

La princesa que amaba al amor

por la genial actriz

ITALIA ALMIRANTE MANZINI

y cuya leyenda ha sido adaptada para la pantalla, en versos castellanos, por el poeta

ANTONIO GRACIANI

Los menús más deliciosos son los
del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :: Café - Bar - Restaurant

EL TABLADO DE ARLEQUIN

De todos y para todos

Linares Rivas se ha ido a Buenos Aires.
¡Pobre Código penal argentino, cómo lo va a dejar!

Ya ha sacado Vilches a relucir "Wu-li-Chan".
Ahora saldrá algún admirador—por lo menos en los sueltos de contaduría—pidiendo que haga otra vez "El amigo Teddy".

Son las dos creaciones geniales.
¡Qué se "crea" usted eso!

Se anunció para el sábado pasado la inauguración de El As.
Pero la autoridad, al saber que se trataba de una sucursal del Pompeya, negó la autorización.
Para firmar el permiso son necesarias quince mil "plumas".

Terminó la temporada de ópera popular en el Olympia.
Sin darse importancia y sin hacer el fatuo, Piere ha demostrado ser un empresario por todo lo alto.
Vamos, que no necesita "mestres".

Ayer debutó la compañía de Lara de Madrid en el Poliorama, estrenando "El infierno de aquí".
¿Ha pasado ese título por la censura?

En Eldorado actúa Paquita Pagan.
¿Conque pagan, eh? Menos mal.

El maestro Padilla ha estrenado una revista española en París.
Se titula "Zarzuela".
Padilla se ha hecho un lío.
Es decir, otro lío; porque el primero habrá sido al justificar el dinero que ha empleado en preparar el espectáculo.
Ya se han enterado en París de que ha ido reclutando gitanas, por las carreteras andaluzas, para hacerlas pasar por artistas conocidas.

Aquí no hay manera de guardar un secreto.

Del cartel del Polioramas: "Cobardías".
Sigue siendo de actualidad.

Martínez Sierra se ha lanzado descaradamente a la colaboración.
¿Qué ya no escribe su mujer?

La Academia de Ciencias prohibió que en el Poliorama—teatro de su propiedad—se representara "Zazá".
Señal de los tiempos.
Ya verán ustedes como nadie se queja más que José María Jordá, que ha dejado de cobrar como traductor que es de la obra.
Aquí no hay nadie que proteste de nada si no le tocan al bolsillo.

Mary Isaura ha debutado en Eldorado con un repertorio de cuplés bastante deficiente.
Es lo que decía un espectador de los de buena fe:
—¡Tú serás Isaura, pero tu repertorio es "asaúra"!

Decididamente estamos en un período de decadencia.
Vilches y la Heredia representan vodevils.
La Bárcena y sus huérfanos hacen "Susana tiene un secreto", comedia vodevilesca.
Como puede verse, son compañías que explotan los abonos aristocráticos y los abonos blancos.
¡Fíate de la Virgen y no corras!...

Se nos dice que en esta actuación de la compañía de la Bárcena, Collado no trabaja con el entusiasmo de antes.
Sin duda piensa en que le queda poco de estar en la compañía.
Ya lo dijo Gabaldón, hace años:
"La señora Bárcena bien, y Collado mediano."
Que es un pueblo.

La Santa Sede ha prohibido a D'Annunzio su nueva obra "El martirio de San Sebastián".
Consolémonos.
Porque, en cambio, el obispado de Madrid-Alcalá ha permitido a Rambal representar "El misterio del Calvario".

Según denuncia el representante de la Sociedad de Autores, el otro día los accionistas—ojo, no les llamamos autores—del pequeño derecho intentaron asaltar las oficinas y romper los muebles porque el gerente no les concedió anticipos sobre sus liquidaciones.

¡Mira que ricos!
¿De modo que son del pequeño derecho y quieren tener derecho como las personas mayores?
Recomendamos al gerente que les cante la "nana" y se sonría de sus bravatas.
Por más que si a alguno le canta la "nana" se expone a verla convertido en cuplé y a que haya algún fresco que quiera cobrarla también.

En Casa Juan se celebró un homenaje a Joaquín Dicenta por el éxito de su campaña teatral.
Al acto concurrió lo mejor de Barcelona.
Dicho está que estuvimos nosotros.

"Currito de la Cruz" ha sentado sus reales en el Nuevo.
De ésta se vuelve castizo todo el Pueblo Seco.

El primer congreso internacional cinematográfico se celebrará del día 27 de septiembre al 3 de octubre de este año, bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones.

Feyder está terminando en Niza los interiores de "Carment".
Cuando termine sus escenas, que será a fin de mes, embarcará para Norte América a "Raquel Meller".

Vemos anunciada una película que tiene por título "Pacto de amor".
Suponemos que se "cortará" a la mitad.
Porque no es el primer pacto de esta índole que se ha roto.

Otra película anunciada con bombo y platillos:
"Ella".
Sabemos de varias señoritas que se creen aludidas por este título.
Pero esto no es lo peor. Hay varios caballeros que se creen aludidos también.

En un cine proyectan otra película titulada:
"¡Adelante, Malacara!".
Varias personas conocidas han decidido no seguir adelante en sus propósitos.

Emilio Tintorer en una de sus "Paradojas"—de las que dicen que tiene para cinco años después de su muerte—que ojalá sea tardía—, dice en un título:
"Lo fácil y lo difícil".
De acuerdo.
Lo fácil, querido Tintorer, es que usted coja el tranvía de la una y media para trasladarse a su torre de la Salud, y lo difícil es que usted logre interesarnos con una de sus críticas (?) teatrales que son repetición del "argumento" y cantables que tiene la obra.
¿Estamos de acuerdo? ¡Pues vaya usted con Dios, que pierda el último tranvía!

una colección de loros amaestrados. ¡Y aún se exclama el empresario de que el género de Variedades está en decadencia!

Eldorado ha querido cerrar sus puertas con llave de oro.
El encarguito corre a cargo de la creadora de "Doña Francisquita", la notable tiple Mary Isaura.

Su presentación en el género de Variedades ha sido un éxito rotundo, pero nosotros creemos que llega al tabladillo algo tarde. Si, señores, algo tarde, porque si lo hubiera hecho antes, no figurarían como "estrellas" de primera magnitud muchas fregatrices.

Ramona Rovira (¡qué nombre más artístico!) ha hecho unos gorgoritos en la Catedral de Variedades y se ha ido a su casa. Pero sabemos que está preparando una "tournee" ventajosísima, pues ha firmado contratos de trabajo para Palafrugell, para Totana, para Garraf, para Viladecaball, para La Siera...

A propósito de contratos. Al conocido agente artístico J. Cariteu le ha salido un "grano" Internacional que no sabe cómo hacerle desaparecer. Se han reunido en consulta tres sabios doctores que le han recetado emplastos y cantáridas, pero el enfermo pide a gritos la extirpación del grano Internacional.

La Sociedad de Autores está acaparando a los funcionarios judiciales, pues hace una larga temporada que no pasa mes sin que tenga que denunciar alguna estafa o desfalco, aunque generalmente no parecen los "autores". Y esto es muy raro en una Sociedad de Autores.

SALOMON.

COCKTAIL

Se está organizando una fiesta de homenaje a la Vejez.

Emilio Junoy, su tocayo Sagi-Barba, el marqués de Alella y García Anné, dicen que no prestarán a esa obra su concurso por considerarla subversiva.

Leemos:
"Un drama entre mendigos".
¡Ah, sí! Entre el conde de Güell y Cambó.

El señor Carsi sigue adelante en su campaña contra las aguas de Barcelona.

Lleva ya no sé cuántos artículos y anuncia otros.
Si se pone pesado va a haber que decirle lo del consabido letrero:
"Se prohíbe hacer aguas".

Epígrafe de una noticia:
"Atropello mortal".
Por lo visto hay atropellos inmortales.
Reflexionemos.

Parece que ha habido irregularidades en Mataderos.
Este Ayuntamiento da gusto.
La menor irregularidad se descubre en seguida...

En el Bosque dieron el sábado un baile en el que se instituyó un premio a la belleza masculina.

El premio ha sido ya adjudicado.
Y al no verse agraciados Caballé, el maestro Millán, Emiliano Iglesias y Germán Martín han protestado diciendo que en la adjudicación había reinado el más asqueroso favoritismo.

Antonio López, Impresor :: :: Olmo, 8, Barcelona

Las variedades

Esta temporada no hemos visto en Barcelona a la gentil tonadillera "La Goya", ni tampoco a Raquel Meller, la artista mundial. Excepción hecha de Merceditas Serós, Lolita Méndez, sus homónimos los notables saltadores y "Les Lili-putienses" todos los demás que han pasado por el escenario de Eldorado, llamada nuestra Catedral de Variedades, ha sido

EL GATO NEGRO

(EMPRESA FRANCO-ARGENTINA)

36. Rambla del Centro, 36



Próxima inauguración del Bar Americano en su nuevo salón
MONTMARTRE

Lo mejor en Cocktails, Aperitivos y Licores de marca
Orquesta «THE CRACKER JACK'S» con el concurso del popular Jazz-Band B. W. CURRY (Bobby)

EL ESCANDALO

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

REDACCIÓN

Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Olmo, 8

BARCELONA

LA TRATA DE BLANCAS

Un emocionante episodio de la más repugnante de las explotaciones

El más infame, el más repugnante de los comercios es la trata de blancas. La explotación de la mujer desventurada se ejerce en todo el mundo, a pesar de las medidas rigurosas de las autoridades.

Aquí, en la Argentina, se ha descubierto un nuevo episodio de este infamante comercio, que vamos a relatar para concitar contra quienes lo ejercen el desprecio de las personas honradas.

La policía de Buenos Aires comprobó que en una casa de la calle Uriburu estaba secuestrada una mujer a la que obligaban a ejercer ese comercio deshonesto, mediante amenazas y que había sido vendida por la suma de 1.500 pesos.

La mujer que la vigilaba está presa, pero no han sido detenidos todavía los que la explotaban.

EL MERCADO DE MUJERES

Desde hace algún tiempo gran número de explotadores de mujeres, en su mayor parte rusos y franceses, han sentado sus reales en la Argentina. Y aun cuando pareciera increíble que en nuestra capital ocurran estas cosas, funciona un verdadero mercado de esclavas, donde se efectúan a sabiendas de la policía negocios de compraventa de blancas.

Existe una legislación severa que castiga estos delitos, pero los tenebrosos saben eludir casi siempre la acción de la justicia.

En plena Avenida Alvear, en un restaurant, frecuentado por gente de mal vivir, se reúnen habitualmente los tratantes de blancas y allí se efectúan los negocios turbios de estos tenebrosos a vista y paciencia de los empleados policiales encargados de vigilarlos.

Algunas veces estas ventas de mujeres han dado lugar a peleas, en las que resultaron heridos algunos maleantes.

COMO OPERAN LOS MERCADERES

El negocio de estos individuos es mucho más ruin y repugnante que el de los proxenetas criollos. Estos consiguen iniciar a las mujeres en la vida licenciosa mediante engaños, enamorándolas, y siguen viviendo de lo que ellas ganan, pero sin recurrir casi nunca a la violencia, sino fingiendo amarlas y llegan muchas veces a regenerarse y a formar un hogar con las mismas mujeres.

No sucede lo mismo con los traficantes rusos y franceses; éstos hacen de la mujer un objeto destinado únicamente a comprarse y venderse. Para ellos la adquisición de una mujer es como la compra de un animal cualquiera, al que se consideran con derecho a explotar, pero sin tratar nunca de que sus víctimas sientan por ellos la menor simpatía.

En pleno centro hay explotadores que ofrecen mujeres en venta, las que son obligadas a trabajar en las casas que poseen en la capital y en las ciudades del interior.

Generalmente llegan sus víctimas entre las rusas que llegan de Europa y que no dominan el idioma castellano. La llevan con engaños hasta sus refugios y luego las obligan a ejercer la prostitución, evitando que lleguen a denunciarlos mediante amenazas.

EL CASO DE LA CALLE URIBURU

En la comisaría de la sección 7.a se recibió una carta en la que un tal Brestein denunciaba que en la casa de la calle Evaristo Uriburu 252 se hallaba secuestrada desde hace varios días una mujer polaca.

El comisario Alzogaray inmediatamente se trasladó a la casa de referencia acompañado por dos agentes y vestidos de particular y pudo comprobar entonces la veracidad de la denuncia.

Encerrada en una habitación de los fondos, los empleados policiales encontraron a la mujer Bronid Schpieler, polaca, de 22 años, casada, a la que, por señas, ya que no posee el idioma castellano, le hizo comprender que, en efecto, la tenían allí por fuerza.

CORRESPONDENCIA INTERESANTE

Los empleados policiales procedieron entonces a revisar todos los muebles y secuestró una cantidad de cartas y docu-

mentos, que demuestran claramente que allí funcionaba un mercado de mujeres con ramificaciones en todo el país.

Por esas cartas se comprobó que los individuos ocupantes de la finca estaban constantemente en contacto con otros facinerosos que viven en Mendoza, San Juan, Bahía Blanca, Rosario y otros pueblos del interior.

En una de esas cartas se les comunica que una de las mujeres explotadas por ellos ha sido llevada desde Mendoza a San Juan, por convenir este cambio a los negocios.

En otras se establece minuciosamente el producto dejado por cada una de las mujeres explotadas, estableciéndose que los explotadores llevan una contabilidad de sus ganancias similar a la de cualquier establecimiento comercial.



En la casa se encontró a una mujer que fué detenida, y que resultó ser Ana Gaist, polaca, de 44 años, y que a la llegada de los empleados policiales intentó huir.

LAS TRAGEDIAS DE LA MISERIA EN RUSIA

Conducida a la comisaría, la mujer que estaba secuestrada fué interrogada por medio de un intérprete.

Dijo que es casada, y que su esposo y un hijito residen en Rusia.

Después de la revolución la vida se hizo muy difícil para ellos. El dinero era cada día más escaso y pasaban momentos de privaciones sin límites.

Ante tanta miseria, los esposos, de común acuerdo, decidieron separarse, y ella deseando conseguir trabajo, decidió venir a América.

Estuvo primero en Bruselas y pasó de allí a París, donde conoció a un individuo llamado Rendel Viñabel, quien le dijo

que en Buenos Aires le sería muy fácil obtener un buen empleo que le permitiera vivir cómodamente y llevar luego consigo a su esposo y su hijo.

El individuo en cuestión, que resultó ser un tratante de blancas, le dijo que él venía para Buenos Aires y que estaba dispuesto a acompañarla y guiarla los primeros tiempos hasta que consiguiera un buen empleo.

RUMBO A BUENOS AIRES

Y una tarde la joven polaca se embarcó en un paquebote francés, llena de ilusiones y confiada en la protección del que creyó un amigo generoso. Durante la travesía Viñabel la trató con toda clase de consideraciones, haciéndole inspirar la más absoluta confianza. Le hablaba de las bellezas de Buenos Aires, de la bondad de sus leyes, de las facilidades que encontraría para reunir dinero, y la buena mujer se sentía feliz pensando en que pronto lograría rehacer en Buenos Aires su hogar destruido por la miseria.

El mismo día que llegaron a Buenos Aires, en el puerto ocuparon un automóvil y la llevaron a la casa de la calle de Uriburu.

A MERCED DE LOS MERCADERES

En cuanto traspuso los umbrales de la casa de los tenebrosos, Viñabel dejó de tratarla con las contemplaciones que lo había hecho durante el viaje.

La encerró en una pieza y como ella protestara, le aplicó una serie de golpes y le indicó que obedeciera ciegamente si no quería que la mataran.

Así permaneció 15 días y luego la llevaron a una casa de la calle Dolores, donde la obligaron a ejercer un comercio infamante.

Otra mujer que estaba en la casa era la encargada de vigilarla y la que recibía todo el dinero que luego era entregado a los explotadores.

Una tarde se presentó en la casa un sujeto llamado Moisés Ache, a quien Viñabel se la entregó después de cerrar trato para la venta por la suma de 1.500 pesos.

Acher la encerró de nuevo en la casa de la calle Uriburu, donde la tenía secuestrada, esperando probablemente el momento de revenderla o llevarla a alguna ciudad del interior.

Hasta que la policía frustró el negocio.

JULIAN ARDARULL

Buenos Aires.

El arte está reñido con las "alturas"

Unas frases de Fernández Flórez

—No quiero descorazonarle; pero ¿quién puede demostrar que no es verdad lo que afirmo? ¿Conoce usted algún político que proteja al arte? ...

... ¿Qué libros compra la aristocracia? ¿Qué autores conocen las clases altas, la dorada burguesía española? ¿No advierte el menosprecio con que todos tratan al arte y al artista, el tono con que justifican su ignorancia, alegando "que no tienen su tiempo para perderlo en lecturas"? Si usted quiere vivir de su pluma holgadamente, hágase libelista. No es tampoco un negocio extraordinario, porque hasta el temor es tacaño en esta tierra, pero se defiende uno. Si busca usted la gloria, trabaje y muérase. Treinta o cuarenta años después, el esqueleto de un peón de albañil tendrá acaso el honor de ser confundido con el de usted, y será trasladado pomposamente a un panteón de lujo. Esto es bastante consolador para un poeta".

(De la novela "El ilustre Cardona").